

EL ALBA

Vol. 34 No. 1

Enero - Febrero 2019

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.
Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbrück Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliaargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Dios habla a las Naciones 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Caminar en el amor 16

Someterse a Dios 19

Alegraos en todas las
circunstancias 22

Imitar a Cristo 25

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

EL REPOSO, O EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte 1 28

The Dawn – SPANISH Edition

JAN – FEB 2019

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Dios habla a la Naciones

“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra.” — Salmo 46:10 —

A principios de 2019 los corazones están llenos de ansiedad, de confusión, de incertidumbre y, en muchos casos, de ira y de frustración, lo cual se debe a que ha transcurrido un año sin haberse resuelto ninguno de los principales problemas mundiales. La “angustia de las naciones” profetizada por Jesús es igual de preocupante ahora, si no más, que hace un año. —Lucas 21:25-26

Si bien no es necesario mirar muy lejos para identificar los innumerables problemas que abundan en el mundo actual, cabe destacar una reciente encuesta de Gallup, publicada en noviembre de 2018, en la cual, abordando los problemas que afectan a los Estados Unidos, se formuló la pregunta: “¿Cuál cree que es el problema más importante que enfrenta el país hoy en día?” Los porcentajes de las diez principales respuestas de los encuestados a esta pregunta fueron los siguientes:

Insatisfacción con el gobierno / liderazgo pobre	27%
Problemas económicos	13%
Inmigración / extranjeros ilegales	13%
Unificar el país	6%
Relaciones raciales / racismo	6%

Cuidado de la salud	6%
Falta de respeto de unos por otros	5%
Ética / moral / religión / declive familiar	3%
Contaminación ambiental	3%
Los medios de comunicación	3%

El 15% de las respuestas restantes se dividieron en más de 25 categorías diferentes de las expuestas arriba. Lo que parece sobresalir en la encuesta es que, de lejos, las personas mostraron su desafecto con el gobierno y sus líderes como el mayor problema del país más que cualquier otro; y que un porcentaje relativamente pequeño de los encuestados, sólo el 3%, identificó el declive de la ética, la moral, la religión y la familia como algo igualmente preocupante.

EL EXTREMO DEL HOMBRE LLEGÓ

Encuestas como la anterior son interesantes para revisar y analizar. Sin embargo, poco parece cambiar en cuanto a la resolución de muchos de los problemas de la humanidad, bien en este país o en otras partes del mundo. Es suficiente si nos damos cuenta de que, desde el punto de vista de la realidad y el cumplimiento de las profecías bíblicas, el hombre está llegando rápidamente a su extremo. Afortunadamente, sin embargo, esto también significa que ha llegado el momento en la experiencia humana en el que la autoridad y el poder divinos pronto se manifestarán en los asuntos de los hombres. Es a esto a lo que Dios, a través del salmista, se refiere en nuestro texto diciendo: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”

¡Esta es la esperanza de aquellos que confían en Dios! Al mirar hacia adelante en el 2019 con confianza, no sucederá nada que interfiera con el resultado final y glorioso del propósito divino. Para saberlo, y estar seguro de ello, es una gran fuente de aliento y fuerza, y una salvaguarda para no enredarse en las innumerables controversias que conforman la confusión de este mundo caótico.

Para el estudiante sincero de la Biblia no cabe duda de que las profecías de la Biblia están en proceso de cumplimiento y que describen el fin del mundo de Satanás y el momento en que se establezca el reino de Cristo para bendición de la gente. Dichosos aquellos capaces de discernir el significado de las muchas señales de esta época trascendental en la que vivimos. Sin embargo, disfrutar de este conocimiento no significa que podamos mirar hacia el futuro en 2019 y prever con detalle qué sucederá. Desconocemos qué ocurrirá en economía o con respecto a la inmigración, el cuidado de la salud, las relaciones raciales o la gran cantidad de problemas que afectan sólo a este país. Lo que sí sabemos es que independientemente de lo que suceda los planes del reino de Dios no se frustrarán ni se demorarán.

En el versículo de apertura del salmo del cual se toma nuestro texto, David escribe: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro auxilio pronto en las tribulaciones.” Dios siempre ha ayudado a su pueblo en todos sus problemas, y este texto ha sido un gran consuelo para todos los que han confiado en él. Sin embargo, en este momento nos llega con un significado aún mayor, ya que los versículos que siguen indican que

el uso del término “tribulación” por parte del salmista es una referencia evidente a lo que Daniel describió como “tiempo de angustia, cual nunca fue.” —Dan 12:1

Jesús citó la profecía de Daniel e indicó que su cumplimiento sería al final de la era cristiana actual, durante el tiempo de su regreso y segunda presencia. (Mat. 24:3, 21-22 *Diaglotón Enfático de Wilson*) Es descriptivo de la época en que vivimos, cuando, como predijo Jesús, el corazón de la gente se llenará de temor (Lucas 21:26) A medida que el mundo entra en el 2019 no hay nada a la vista que disipe sus temores ni que garantice que se resolverán los problemas que emanan de tantos sectores.

Sin embargo, para quienes cifran su confianza en el Señor es diferente ya que se refugian detrás de la fortaleza de las promesas de Dios y no temen, “aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar.” (Sal. 46:2) La “tierra”, como se usa aquí, es un símbolo del presente orden social humanamente constituido que el apóstol Pablo describe como “el presente siglo malo.” (Gál. 1:4) Es la eliminación de esta “tierra,” con todos sus eventos calamitosos asociados, lo que está causando que los corazones de la gente se llenen de miedo. Sin embargo, no vamos a temer porque, como dice David, “Dios es nuestro amparo y fortaleza.”

Después de hablar de los “montes” simbólicos de los reinos terrenales, llevados “al corazón del mar,” el salmista añade: “Aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza.” (Sal. 46:3) Jesús usó el bramido del mar y las olas para ilustrar la actitud inquieta, el descontento de la gente en este momento de angustia en todo el mundo. (Lucas 21:25)

El profeta Isaías también se refiere a él: “¡Ay! multitud de muchos pueblos que harán ruido como estruendo del mar, y murmullo de naciones que harán alboroto como bramido de muchas aguas. Los pueblos harán estrépito como el ruido de muchas aguas, pero Dios los reprenderá, y huirán lejos; serán ahuyentados como el tamo de los montes delante el viento, y como el polvo delante el torbellino.” —Isa. 17:12-13

Sería difícil imaginar una imagen más vívida que ésta del estado caótico de las naciones de hoy. Las naciones, y la humanidad en general, están hirviendo con malestar y enojo. De hecho, todos los grandes reinos de “los montes”, los gobiernos e instituciones de la sociedad, están siendo azotados por los furiosos mares de la pasión humana. Algunos ya se han derrumbado en el “mar” y los restantes están debilitándose gradualmente debido a la presión que les imponen las exigentes “olas” de las masas oprimidas.

Desde el punto de vista de la sabiduría humana, esta caótica situación mundial es aterradora. No deberíamos temer, sin embargo, porque vemos que en ella está elaborándose un propósito divino. Es este propósito el que describe el profeta Hageo al escribir que Dios hará “temblar a todas las naciones” y que a continuación vendría “el Deseado de todas las naciones.” (Hag. 2:7) Ciertamente estamos ahora en ese período de agitación, y podemos regocijarnos de que “a su debido tiempo” del Señor dirá también a las masas turbulentas: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”

“LA TIERRA SE FUNDE”

Aunque al alcance de la mano aún no ha llegado el momento de que Dios le hable paz a las naciones. Se necesita “sacudir” más a fin de convencer a la gente de que no pueden establecer la paz y la seguridad en la tierra por su propia sabiduría y poder. Por esta razón se escucha ahora de otra manera la voz del Señor: “Bramaron las naciones; titubearon los reinos; dio él su voz, se deritió la tierra.” (Sal. 46:6) La ‘voz’ del Señor es un símbolo de su autoridad y poder. Como indica el profeta Hageo es el Señor quien sacudiría “todas las naciones,” David nos está diciendo lo mismo. Describe la ruptura del orden social actual como el derretimiento de la tierra. Por tanto, si pensamos en él como “eliminado,” “sacudida” o “derretida,” la idea es que la tierra del tumultuoso orden mundial actual está llegando a su fin.

Esto no debe alarmar al pueblo de Dios. Prestando atención a la afirmación del Maestro de que había elegido a sus discípulos “fuera del mundo” se esfuerzan por seguir las instrucciones del apóstol Juan de no amar al mundo. (Juan 15:19; Juan 2:15) Los sistemas de este “presente siglo malo” no son dignos del amor de un cristiano, pues se caracterizan por el pecado, el egoísmo, la avaricia, la opresión y la guerra. Los seguidores de Cristo se regocijan al saber que un mundo así está llegando a su fin y que se establecerá en su lugar un mundo nuevo y justo: el reino de Cristo. —Isa. 65:17; 2 Ped. 3:13; Apoc. 21:1-3

Es cierto que el pueblo del Señor está viviendo actualmente en medio de los problemas que están causando las sacudidas de la tierra simbólica y están

sujetos a las dificultades que enfrentan las personas relacionadas con tales procesos a su alrededor. Sin embargo, no temen, pues David declara: “Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob.” (Sal. 46:7) Si bien Dios es capaz de brindar protección física a su pueblo cuando es su voluntad, nuestra mayor fuente de consuelo y fortaleza es la comprensión que brinda el significado de la angustia del mundo, que está funcionando para las personas con el gran propósito de la paz y de la bendición que ha prometido a lo largo de su Palabra.

Al pueblo de Dios se extiende la invitación: “Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamientos en la tierra. Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego.” (vv. 8-9) Grandes y extensas son los “asolamientos” que ya se han “puesto en la tierra.” David afirma que son obras del Señor. Sería difícil de armonizar esto con el hecho de que Dios es misericordioso, amable y amoroso si no fuera por la explicación adicional del propósito divino en lo que se está haciendo. Es a través de estos “asolamientos,” explica el salmista, que el Señor “hace que las guerras cesen hasta el fin de la tierra.”

No deberíamos tener dificultad en entenderlo, ya que sabemos que una de las características principales del mundo actual ha sido la guerra. El árbitro final de la mayoría de sus disputas ha sido la guerra. Claramente creemos que la única forma de detener las guerras es poner fin al sistema que las ha legalizado y muchas veces glorificado. Cuando aquellos iluminados por la Palabra de Dios acepten la invitación a “ver las obras de

Jehová” y ver los “asolamientos” que ha hecho en la tierra, discernirán su necesidad y su glorioso resultado. A causa de ello no temen. Saben que la sabiduría infinita y el omnipotente poder que controlan el universo están trabajando por un fin glorioso que, al consumarse totalmente, revelará la misericordia y el amor de Dios por toda la humanidad. —Sal 103:8-11; Juan 3:16-17; 1 Juan 4:9-10

ESPERA EN EL SEÑOR

A lo largo de los siglos los que han amado la justicia a menudo se han quedado perplejos en cuanto a por qué el Señor continuó permitiendo que florecieran la justicia y la maldad en la tierra. Los soberbios y los arrogantes a menudo han prosperado mientras que los mansos y los puros han sufrido. (Sal. 94:1-7; Mal. 3:14-15) En cada generación, la inhumanidad del hombre hacia el hombre ha hecho afligirse a miles de personas.

En respuesta a este dilema del pueblo el profeta registra estas palabras: “Esperadme, dice Jehová, hasta el día que me levante para juzgaros; porque mi determinación es reunir a las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi cielo será consumida toda la tierra.” (Sof. 3:8) Esto indica que en ningún momento Dios ha estado despreocupado de las condiciones en la tierra, tan contrarias a su voluntad. A su debido tiempo y forma se propuso librar a la Tierra de todas las instituciones corruptas del hombre, en gran parte responsables de los problemas del mundo pasados y presentes.

El Señor expresa un pensamiento similar a través del profeta Isaías: “He retenido mucho tiempo mi paz; aún la retengo y me contuve. Me quedé quieta y me contuve: ahora gritaré como una mujer de parto: destruiré y devoraré a la vez.” (Isa. 42:14) Dios, en su sabiduría, sabía que se lograría un bien mayor al abstenerse de interferir con el curso descendente del hombre en el pecado y esperar su debido y propio tiempo para terminar con este orden malo actual, que no fue destruido hace siglos. Pues desde que cayeron nuestros primeros padres en el pecado Satanás, el archienemigo de Dios y del hombre, ha sido, como dice Pablo: “El dios de este siglo.” —2 Cor. 4:4

En Isaías 42:13 se nos da una explicación parcial de la manera en que el Señor provocaría la destrucción del mundo de Satanás: “Jehová saldrá como gigante, y como hombre de guerra despertará celo; como un hombre de guerra: gritará, voceará, se esforzará sobre sus enemigos.” El ‘grito’ y el ‘ruido’ mencionados aquí parecen tener el mismo significado que la ‘voz’ del Señor del Salmo 46:6, que el salmista declara que causaría que las instituciones de la tierra “se derritieran.” Todas estas palabras denotan el ejercicio de la autoridad y el poder divinos por cualquier medio que pueda usar Dios para lograr sus propósitos.

MÉTODOS DE DIOS

Uno de los métodos que Dios está usando para poner fin a este presente siglo malo es permitir que el hombre lleve la guerra contra sus semejantes hasta el punto de que “si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo.” (Mat. 24:22) En una descripción de la fase

final de este gran tiempo de angustia leemos que el Señor “pedirá una espada” y que “la espada de cada cual será contra su hermano.” (Eze. 38:21) El pensamiento contenido en estas diversas expresiones parece ser que Dios, a su manera, provoca la destrucción del mundo del hombre al causar que sus facciones egoístas, ya sean naciones enteras, grupos sociales o simplemente individuos, se levanten con la intención de destruirse mutuamente.

Lo que probará este método efectivo en última instancia será que cesen la fabricación de guerras y las matanzas en toda la tierra. Para conseguirlo se necesita más que simplemente destruir las armas de guerra y el asesinato. Se han destruido muchas veces los implementos de guerra sólo para reconstruirlos con capacidades más letales y generalizadas. En realidad, lo que debe ser destruido de la mente de la gente es todo concepto de guerra y de toma de la vida de un ser humano. La gloria debe quitarse de la mente y odiar la gente el pensamiento mismo de ella. ¿Qué mejor manera puede haber para lograrlo que Dios permita a la humanidad decidirse al borde de la destrucción antes de intervenir, diciendo: “Estad quietos y conoced que yo soy Dios?” Sin duda tal experiencia ayudará en gran medida a que la gente se dé cuenta de la completa locura de la guerra y del asesinato.

Esto está de acuerdo por completo con el método de Dios para tratar con la raza humana desde el principio. Ha permitido el mal para que el hombre tenga la oportunidad de aprender por experiencia sus terribles consecuencias. Moisés, en la oración registrada por el salmista, habló con respecto a Dios que “vuelves al

hombre hasta ser quebrantado.” (Sal. 90:3) A través de ello la gente está aprendiendo una lección que le conducirá a una eternidad de gozo a través de su obediencia sincera a Dios y a sus justas leyes. Esta lección, resumida por Pablo, es “...que el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.” (Rom. 7:13) El gran “tiempo de angustia” que Dios ahora está permitiendo en la tierra es una de las lecciones finales que el hombre está teniendo: la oportunidad de aprender sobre los terribles efectos del pecado.

Sólo a través del conocimiento del plan de Dios es posible reconciliar el pensamiento del amor de Dios con lo que está ocurriendo en la tierra actualmente. En su oración Moisés añadió: “Convertíos, hijos de los hombres.” (Sal. 90:3) Este regreso será en la resurrección, cuando todos los de la raza condenada se despierten del sueño de la muerte y se les dé la oportunidad de aprovechar su experiencia previa con el pecado y el mal. “Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios:... todos los que están en las tumbas oirán su voz, y saldrán.” (Juan 5:25, 28-29) El hombre saldrá, Jesús continúa, para una “resurrección de juicio.” (v. 29) Pablo habla más tarde de esto como un tiempo durante el cual Dios “juzgará al mundo con justicia.” (Hechos 17:31) Todo esto tendrá el propósito de cumplir las palabras: “Convertíos, hijos de los hombres.”

HABLAR PAZ A LAS NACIONES

En la actualidad la voz del Señor habla de agitación y confusión entre las naciones. Qué diferente será, sin embargo, cuando hable a las furiosas olas de las pasiones humanas, diciendo: “Estad quietos, y conoced

que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones, enaltecido seré en la tierra.” Así como Dios tiene las agencias necesarias a través de las cuales su voz de autoridad logrará la destrucción del mundo de Satanás, también cuando diga paz a las naciones será con una autoridad que no pueden ignorar ni desearán hacerlo.

“Seré exaltado entre las naciones,” declara Dios. Él ha permitido que el hombre burle su autoridad a través de las malas influencias de Satanás desde el momento en que Adán transgredió su ley. A lo largo de todos los siglos desde entonces la raza humana ha estado más o menos en rebeldía contra los principios de justicia de Dios, pero él no pretende que esta situación continúe para siempre. Las palabras de la oración de nuestro Señor: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra” indica que el propósito de Dios es restablecer su voluntad en los corazones y las vidas de los hombres. (Mat. 6:10) De hecho, es para dar paso a este reino de paz y justicia que el mundo actual ahora está llegando a su fin.

Requerirá los mil años completos del reino terrenal de Cristo para establecer la autoridad divina en todos los aspectos. (Apoc. 20:6) Pablo escribió que “preciso es que él (Cristo) reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.” (1 Cor. 15:25-26) Entre los primeros enemigos que se destruyen están las instituciones egoístas e injustas del mundo de Satanás. Este es el proceso que actualmente vemos tomar forma en la tierra. El sometimiento y la destrucción de toda injusticia continuarán hasta que la muerte misma, el enemigo más grande del hombre, sea destruida.

Será entonces que el nombre de Dios sea totalmente exaltado en la tierra. Pablo explica que la tarea de sofocar la insubordinación a la regla divina ha de realizarla Cristo, a través de la autoridad de su reino. Indica que cuando se logre completamente, Cristo mismo estará sujeto a su Padre, “para que Dios sea todo en todo.” (v. 28) Sólo entonces se cumplirá por completo la oración: “Hágase tu voluntad en la tierra.” Podemos dar gracias a Dios de que las condiciones tan angustiosas ahora para el mundo y que provocan que el miedo llene los corazones de la gente en todas partes sean muestra de que Dios no se abstiene de interferir en los asuntos humanos. Su última victoria sobre el pecado y sus terribles resultados están asegurados por las promesas de la Biblia y pronto, a través del reino Mesiánico, la autoridad y el poder divinos se manifestarán en términos de bendiciones que dan vida.

Volviendo a las palabras de Dios a través del profeta Sofonías, y tras asegurarnos su intención de “devorar” las instituciones del mal en la tierra, añade: “Devolveré a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento.” (Sof. 3:9) Así de nuevo se indica la extensión a la que el nombre, la autoridad y la bondad del Señor serán exaltados en la tierra.

A medida que entramos en el Año Nuevo es cada vez más evidente que se acerca el momento en que Dios hablará paz a las naciones. Que esta seguridad llene nuestros corazones de consuelo y mantenga fuera el miedo que prevalece en todas partes. A partir de 2019, armado con la fuerza de esta seguridad, puede ser con una mayor determinación que nunca “buscar... primero

el reino de Dios.” (Mat. 6:33) También con gusto contamos al mundo entero las benditas nuevas de ese reino que pronto se manifestará en poder y gran gloria para el gozo eterno de todos los que obedezcan sus justas leyes.

Caminar en el amor

Versículo Clave: “Y éste es el amor, que andemos según sus mandamientos.

Éste es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio.”
— 2 Juan 1:6

Escritura Seleccionadas:
2 Juan 1:4-11

EL APÓSTOL JUAN dirigió esta epístola posiblemente a una hermana anónima en Cristo o a una congregación local a la que este anciano siervo de Dios amó especialmente. Por lo tanto, quiso animarlos y fortalecerlos a través de

la exhortación paternal. —2 Juan 1:1-2

El apóstol continúa: “Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor. Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros.” —vv. 3-5

Nuestro versículo clave enfatiza el hecho de que amar a los hermanos es una clara manifestación de nuestra obediencia a Dios. Este mandamiento es una reiteración de un tema prominente de la primera epístola de Juan. Si no amamos y nos solidarizamos con nuestros

hermanos, a los que hemos visto, sería demostrar una deficiencia en nuestro carácter y poner en tela de juicio nuestro amor sincero a Dios, a quien no hemos visto excepto por el ojo de la fe. —1 Juan 3:14-18; 4:20, 21

Gran parte del resto de la segunda epístola de Juan contiene advertencias contra falsos maestros. Un error específico que prevalecía en el momento de escribirse esta carta era que Jesús no era realmente carne y sangre durante su ministerio, sino un ser espiritual. (2 Juan 1:7) Este punto de vista niega la necesidad de un rescate para compensar el pecado de Adán por medio de un precio correspondiente—vida perfecta humana dada por vida perfecta perdida. —Heb. 2:9

Pablo nos recuerda que los judíos de Berea eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron su instrucción con toda solicitud, escudriñando las Escrituras diariamente para comprobar ver si lo que enseñaba era cierto. (Hechos 17:11) Si somos como estos bereanos analizaremos lo que aceptamos como verdad, especialmente al escuchar expresiones nuevas o diferentes que no armonizan con el plan general de Dios. Esta es una razón de la gran importancia de reunirse con nuestros hermanos tan a menudo como sea posible para nutrirse, fortalecerse y regarse mutuamente probando nuestras creencias según el testimonio de la Biblia. — Heb. 10:25; Tes. 5:21

Hay mucho escrito en la Biblia para alertar a los verdaderos cristianos sobre el peligro de exponerse a falsos maestros. La naturaleza repetitiva de tales advertencias hace importante que tengamos en cuenta que no podemos mantener nuestra posición con Dios sin hacer caso al consejo de las Escrituras. El apóstol Pablo

dice que “no tenemos lucha contra carne y sangre, sino... contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.” (Efe. 6:12) Por lo tanto, es imperativo que sigamos la Palabra del Señor en todas estas cuestiones a fin de no ser llevados por mal camino.

Ya sea el tema del amor o cualquier otra enseñanza crítica para nuestra estructura de la fe, debemos mantener continuamente en nuestra mente el valor de las verdades contenidas en la Palabra de Dios. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” —2 Tim. 3:16-17

Someterse a Dios

Versículo clave:
Someteos, pues, a Dios.
Resistid al diablo, y
huirá de vosotros.”
— ***Santiago 4:7***

Escrituras
Seleccionadas:
Santiago 4:1-10

LA LECCIÓN DE HOY
comienza describiendo las razones por las cuales existe conflicto entre los creyentes. Santiago afirma que el espíritu de carnalidad conectado a un anhelo de gratificación carnal no trae satisfacción, sino turbación interior.

Además, es importante darse cuenta de que Dios concede a sus hijos las cosas que necesitan en respuesta a las oraciones que concuerdan con su voluntad, a diferencia de las peticiones hechas para cumplir con los deseos pecaminosos. En lugar de buscar prosperidad o lujos terrenales, las Escrituras proporcionan pautas con respecto a las oraciones que son apropiadas. —Santiago 4:1-3; Mat. 6:5-13

Dirigiéndose al espíritu de mundanidad y de orgullo, Santiago continúa: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice:

Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”
—Santiago 4:4-6

Nuestro versículo clave subraya la necesidad de someterse a la voluntad de Dios como manifestación de nuestra humildad. Por nuestra obediencia a él recibiremos la gracia necesaria para resistir las artimañas de Satanás, que continuamente se inclinan a nuestra destrucción como Nuevas Criaturas.

El último ejemplo de sumisión lo manifestó nuestro Señor, que obedeció a su Padre Celestial al humillarse hasta el punto de morir en la cruz. (Fil. 2:5-8, *Diaglotón Enfático de Wilson*) La actitud de Cristo estaba en marcado contraste con la de Lucifer, que deseaba ser igual a Jehová al establecer un dominio rival. Como resultado de esta rebelión se le expulsó del reino celestial. —Isa. 14:12-15; Lucas 10:18

Las Escrituras contienen muchas advertencias que revelan el disgusto de Dios con la manifestación de orgullo en nuestros corazones. El autoexamen personal nos ayudará a determinar si nos afligimos con esta tendencia. Sin embargo, a ninguno de nosotros se nos autoriza a emitir juicios sobre la actitud del corazón de otro. La adquisición de riqueza, la ambición de poseer muchos talentos o una actitud hipercrítica hacia los demás puede ser testimonio de orgullo si no tenemos cuidado. Podemos combatir o prevenir esa tendencia esforzándonos siempre por glorificar a Dios reconociendo nuestra relativa insignificancia. El reconocimiento de cuanto poseemos debe darse al Padre Celestial como fuente de todas nuestras bendiciones. “Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas

recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieses recibido?” —1 Cor.4:7

El deseo de ser reconocido por los demás, de que se piense bien de nosotros, de tener riqueza o influencia, o de ser estimado es una característica que forma parte de nuestra naturaleza caída y contra la cual debemos luchar para poder tener éxito en someternos a Dios. Que tengamos siempre presente y nos esforcemos en emular el ejemplo del Maestro de humildad y sumisión obediente a la voluntad del Padre. Que caminemos como él caminó y al final podamos recibir la recomendación de “Bien, buen siervo fiel: ... entra en el gozo de tu Señor.” —Mat. 25:21

Alegraos en todas las circunstancias

Versículo clave:
“Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio.”
— Filipenses 1:12

***Escrituras
Seleccionadas:***
Filipenses 1:12-21

MIENTRAS ESPERABA su comparecencia ante César, Pablo pasó dos años productivos bajo arresto domiciliario en Roma, reuniéndose con creyentes. También usó este tiempo para escribir cartas de aliento amoroso a los hermanos, incluyendo su epístola a los hermanos de Filipos. - Hechos 28:30-31

Su carta comienza: “Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre rogando con gozo por vosotros.” — Fil. 1:1-4

Un lazo profundo de afecto existía entre los hermanos de Filipos y Pablo, que los exhortó a abundar en amor y sinceridad y a llenarse con los frutos de la justicia a medida que moraban en Cristo. —Fil. 1:7-11; Juan 15:4-5

En nuestro versículo clave Pablo afirma que el Padre celestial lo estaba bendiciendo abundantemente a pesar de su encarcelamiento y a medida que el evangelio seguía prosperando. Una lección importante apreciar e interiorizar por el pueblo de Dios, pues recibir su favor no nos exime de los problemas de este mundo pecaminoso.

A veces, a medida que experimentamos angustia, es difícil para nuestra carne aceptarla como algo que el Señor permite para nuestro mayor bienestar espiritual. (Rom. 8:28) De hecho, al creyente se le promete adversidad en la carne, porque al estar en el mundo vendrán tribulaciones. Sin embargo, en Cristo se nos promete paz interior en tiempos de dificultad y prueba. (Juan 16:33) Quizás con demasiada frecuencia equiparamos la paz con la ausencia de problemas y, por tanto, a considerar las dificultades como totalmente indeseables.

Todo el tenor del mensaje de Pablo contenido en nuestra lección puede armonizarse con la enseñanza de las Escrituras. Su vida fue totalmente consumida en servir a Cristo. Sin embargo, si llegara a morir habría sido un beneficio personal para él haber descansado de todos los rigores asociados con el gasto asociado a la realización de su sacrificio; mas, habiéndose entregado a la voluntad de Dios, no tenía preferencia personal por cuál debería ser su parte. En cambio, se regocijó de continuar sirviendo a los hermanos hasta entrar en el sueño de la muerte y esperar el regreso de Cristo, cuando resucitaría y sería recompensado. —Fil. 1:21-24; 2 Tim. 4:8

Nuestros propios sufrimientos deben provocar una sensación de gratitud en nuestros corazones para que se nos permita soportar las dificultades por la causa de Cristo. Nuestra mente reflexiona sobre el hecho de que Pablo y Silas, después de haber sido golpeados en muchos azotes y de haber sido puestos en la cárcel en Filipos, pudieron cantar alabanzas a Dios. (Hechos 16:19-25) Este es un ejemplo inspirador para nosotros y un recordatorio de que el deseo de alabar a nuestro Creador en todas las circunstancias debe merecer la aprobación de Dios.

Las Escrituras afirman que experimentar la presencia de Dios trae plenitud de gozo. (Sal. 16:11) Esta debería ser una realidad presente en nuestras vidas a pesar de las condiciones adversas y las pruebas que encontramos al esforzarnos por hacer la voluntad del Padre Celestial. Que podamos vivir la advertencia de regocijarnos en el Señor siempre. —Fil. 3:1; 4:4

Imitar a Cristo

Versículo clave: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.”

— Filipenses 2:3

***Escrituras Seleccionadas:
Filipenses 2:1-11***

misericordia. El apóstol expresa confianza en la manifestación de estas cualidades en la vida de los hermanos de Filipos que darían evidencia de una mayor semejanza con Cristo. Esto, dice Pablo, le proporcionaría gran regocijo. —Fil. 2:1-2

Nuestro versículo clave enfatiza la importancia de la humildad como elemento crítico para ser aceptable a Dios y necesario también para promover la unidad del espíritu entre los hermanos. Tal espíritu apropiado ayudará grandemente a evitar que la contienda y la vanagloria entren en nuestra comunión.

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí

A TRAVÉS DE UNA SERIE de expresiones retóricas, Pablo pregunta a los hermanos en los primeros versículos de nuestra lección si han experimentado consuelo en Cristo, consuelo de amor, comunión con el Espíritu, afecto y

mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” —vv. 5-8

El pasaje anterior describe la humildad del Maestro que debemos imitar. Además, nos recuerda que Cristo está subordinado al Padre celestial y que no se veía a sí mismo como igual a Dios como afirma la doctrina de la trinidad: “El Padre mayor es que yo.” — Juan 14:28

Como creyentes, no debemos permitir que ningún elemento de orgullo nos impida alcanzar a todos nuestros hermanos de ninguna manera posible, para que juntos podamos ser santificados por entero y se complete la iglesia. Durante su última noche en la tierra Jesús oró por la unidad que debería existir entre sus seguidores: “Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.” —Juan 17:11

Aquí, la petición del Maestro reconoce plenamente que su presencia física con sus discípulos pronto terminará y desea que la protección y las providencias de Dios estén con ellos. Jesús oró para que se mantuvieran juntos en unidad de corazón, mente y espíritu, y también en la unidad de la fe. Por lo tanto, pueden experimentar un sentido de unidad tal como existía entre él y su Padre.

Siempre debemos apoyar a nuestros hermanos en sus esfuerzos cristianos y reunirnos regularmente para poder animarnos unos a otros. Si podemos apreciar el hecho de que tenemos compañeros miembros del cuerpo que tienen el mismo objetivo que nosotros, podemos ser una bendición entre nosotros durante nuestra estadía

terrenal. Si somos fieles en estos privilegios presentes, estaremos asociados con Cristo para ayudar a restaurar la armonía de todos los dispuestos de la humanidad con Dios en su reino venidero.

Al comienzo de este nuevo año calendario resolvamos ser más fieles en nuestros esfuerzos por imitar la conducta del Maestro mientras estuvo en la tierra al someterse a la voluntad de su Padre Celestial. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.” —1 Juan 2:6

Estudio VIII

EL REPOSO, O EL SÁBADO DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte 1

Los estudios que hicimos en el capítulo precedente nos probaron, de manera concluyente, que para los que están en Cristo Jesús, no hay otra ley que aquella que encierra todo, la Ley de Amor. Vimos, de manera clara y distinta, que la Nueva Creación, Israel según el espíritu, no estaba en ningún sentido de la palabra, sometido al Pacto de la Ley, “añadida a causa de las transgresiones” cuatrocientos treinta años después del Pacto bajo el cual la Nueva Creación fue aceptada en el Bien amado. Es verdad que nuestro Señor Jesús, en su vida humana, observó estrictamente el séptimo día de la semana, conforme a la Ley de Moisés, sin estar de acuerdo no obstante con las concepciones falsas de los escribas y de los fariseos. Él observó la Ley porque según la carne, era judío, nacido bajo la Ley de Moisés, y por consiguiente, sometido a todas sus exigencias que cumplió, como declara el Apóstol, “clavándola en su cruz”; así él puso fin a eso en lo que le concernía personalmente y en lo que concernía a todos los judíos que venían al Padre por él. Todos los judíos, que no han aceptado a Cristo, siempre están sometidos a todas las disposiciones y a

todos los reglamentos de su Pacto de la Ley, y, como explica el Apóstol, pueden liberarse de eso sólo al aceptar a Cristo como fin de la Ley — al creer. —Rom. 10:4.

En cuanto a los Gentiles, ya hemos visto que nunca estaban sometidos a la Ley de Moisés, y por consiguiente, no podían ser liberados de ella; ya hemos visto también que nuestro Señor Jesús, la Nueva Criatura, engendrada en su bautismo, y nacida del Espíritu en su resurrección — era la descendencia antitípica de Abrahán, y heredero de todas las promesas hechas en él; que, tanto los judíos como los gentiles acercándose a él por la fe, y al Padre mediante él, cuando son engendrados del Espíritu Santo se consideran también como parte de la Nueva Creación y coherederos de Jesús en el Pacto abrahámico del cual ningún miembro está sujeto al Pacto de la Ley o al Pacto de Moisés que fue añadido. En consecuencia, aunque el hombre Cristo Jesús estuviera bajo la Ley, y sujeto a la obligación de observar el séptimo día como parte de ella, esta sujeción a la Ley cesó para los discípulos de Cristo como para sí mismo, tan pronto como murió, poniendo fin a la Ley en toda rectitud y en toda justicia, para todos los judíos que le aceptaron, y que, gracias a él, murieron al Pacto de la Ley para vivir en el Pacto abrahámico.

No es sorprendente, sin embargo, comprobar que les hizo falta, hasta a los apóstoles, cierto tiempo para captar totalmente lo que significaba el cambio de la dispensación de la Ley a aquella de la Gracia — la Edad Evangélica. Igualmente, vemos que les hizo falta cierto número de años para darse cuenta plenamente de que con la muerte de Cristo, la pared de separación entre los

judíos y los gentiles fue derrotada, y que en lo sucesivo los gentiles no deberían ser considerados más como impuros, no más que los judíos; es que en efecto Jesucristo, por la gracia de Dios, había probado la muerte por todos, y desde entonces quienquiera (judío o gentil) que quisiera acercarse al Padre podría ser aceptado por él, aceptado en el Bien amado. Aun años después de la conferencia de los apóstoles, en la cual Pedro y Pablo hicieron testimonio de la gracia de Dios concedida a los gentiles, y de los dones del Espíritu Santo, las lenguas milagrosas, etc. dones semejantes a los que habían sido testigos del engendramiento del Espíritu sobre los judíos en el Pentecostés, encontramos que Pedro todavía vacila, y cede a los prejuicios de los creyentes judíos, hasta al punto de alejarse de los conversos gentiles aún tratándoles como impuros. Él trajo a sí mismo debido a eso una reprimenda del apóstol Pablo quien, a todas luces, captó más claramente que los otros apóstoles, toda la situación creada por la nueva dispensación. Si un apóstol necesitó así una reprimenda para ayudarlo a vencer sus prejuicios raciales, podemos fácilmente suponer que la mayoría de los creyentes (casi todos los judíos) estuvo durante varios años en una confusión muy grande respecto al cambio completo de las relaciones divinas a partir de la cruz.

La costumbre de los judíos, no sólo los de Palestina sino que además aun los que fueron dispersados a través del mundo, comprendía la observancia de un sábado; aunque al principio este sábado no estuviera fijado para ser otra cosa que un día de descanso, una cesación de trabajo, de allí llegó a ser muy a propósito un día reservado, en las sinagogas, para la lectura de la Ley y

de los Profetas y para la exhortación. Era un día en que todo trabajo fue suspendido a través de toda Palestina. En consecuencia, los conversos judíos recién llegados al cristianismo se reunían muy naturalmente en el día del sábado para estudiar la Ley y los Profetas, desde el nuevo punto de vista de su cumplimiento comenzado en Cristo, y para exhortar mutuamente a ser firmes, y esto tanto más que veían acercarse el día — el gran día del Señor, el día milenar, “los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios *por boca de sus santos profetas* que han sido desde tiempo antiguo”. Los apóstoles y los evangelistas que viajaban fuera de Palestina encontraron los oídos más atentos al Evangelio entre los judíos que ya esperaban al Mesías, y encontraron su mejor ocasión favorable de impresionarles en sus agrupaciones acostumbradas del séptimo día. Y nada tampoco en la revelación divina no les impedía recomendar el mensaje del Evangelio en el séptimo día no más que en el primer, o en cualquier otro día de la semana. Podemos, en efecto, estar seguros que estos primeros evangelistas recomendaron sin cesar la Palabra, por todas partes adonde fueron y en toda ocasión, a quienquiera que tenía un oído para escuchar.

El Apóstol que declaró que Cristo puso fin al Pacto de la Ley clavándola en su cruz no dijo ni una sola palabra a la Iglesia primitiva, por lo que muestra el relato, concerniente a una ley o a una obligación fijando la observancia especial del séptimo día de la semana, o de otro día de la semana. Al contrario, ellos siguieron estrictamente el pensamiento de que la Iglesia es una Nueva Creación bajo el Pacto original, y que, como casa de hijos, la Nueva Creación no está bajo la Ley sino bajo

la Gracia. Estos instructores inspirados señalaron muy claramente la libertad de la Nueva Criatura, diciendo: “Nadie pues os juzgue en cuanto a *cuestión de comida* o de bebida, o en cuanto a día de fiesta, o novilunio, o sábado: las cuales cosas son una *sombra* de las que habían de venir, pero el cuerpo es de Cristo. —Col. 2:16, 17, *Versión Moderna*.

Ellos quisieran dar a entender a la Iglesia que todas las diversas disposiciones tocantes a las fiestas, los ayunos, los tiempos, las temporadas y los días formaban parte de un arreglo general — un tipo que Dios instituyó con Israel típico, y que eran sólo la *sombra* de las mejores cosas venideras — aplicables a Israel según el espíritu. Para los judíos, estas cosas eran unas realidades que les fueron impuestas y que les ataban por decretos divinos; para la Nueva Creación, son sólo sombras, lecciones que dirigen nuestra atención hacia el grandioso cumplimiento, y nada más. El hecho que los apóstoles eran deseosos de sacar provecho de los días del Sábado y de las sinagogas judías para recomendar el Evangelio de Cristo, no era en ningún sentido una adhesión a la organización y a la ley de los judíos como una regla o una servidumbre impuesta en la Nueva Creación. Hoy, nosotros, hasta si la ocasión se nos ofreciera, recomendaríamos a Cristo en las sinagogas judías, no sólo en el primer día de la semana, sino que lo haríamos con alegría en el día del sábado judío, en el séptimo. Sí, estaríamos dispuestos aun totalmente a recomendar a Cristo en un templo pagano y en un día sagrado para los paganos, pero no consideraríamos de ninguna manera que actuando así, aceptamos las doctrinas paganas o el día sagrado pagano.

Respecto al primer día de la semana que los cristianos, en general, observan como un sábado o día de descanso, es un error completo de aseverar que este día fue puesto de lado y considerado como un sábado cristiano por decretos de la iglesia católica romana. Es bien verdad que al tiempo de Constantino, más de dos siglos después de que los apóstoles se hubieran dormido, el formalismo se había introducido en la Iglesia en proporciones considerables, que los maestros falsos habían procurado, gradualmente, someter a los discípulos del Señor a la esclavitud del clero, y que las intrigas clericales y la superstición comenzaban a ejercer una influencia enorme. Es verdad también que en aquella época una ley fue promulgada entre los cristianos nominales, ordenándoles de observar el primer día de la semana como una actividad religiosa, etc. y prohibiendo el trabajo manual salvo en los campos donde la recolección de las cosechas podía considerarse como un trabajo necesario. Es verdad que este modesto principio de servidumbre y de sugerencia que el primer día de la semana, con los cristianos, había reemplazado el séptimo día de la semana de los judíos, conduciendo gradualmente y cada vez más a la idea de que todos los mandamientos dados por Dios a los judíos respecto al séptimo día, se aplicaban a los discípulos de Cristo a propósito del primer día de la semana.

Sin embargo, se comenzó a observar con razón el primer día de la semana bien antes de la época de Constantino, no como una servidumbre, sino libremente, como un privilegio. El solo hecho que nuestro Señor resucitó a los muertos el primer día de la semana ya hubiera justificado que este día fuera celebrado entre sus

discípulos marcando el reavivamiento de sus esperanzas; pero a esto hay que añadir el hecho de que en el día de su resurrección él encontró sus fieles a quienes les explicó las Escrituras; algunos de ellos recordaron más tarde la bendición recibida, diciendo: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Luc 24:32). Fue el mismo primer día de la semana en que él encontró ambos discípulos en camino por Emaús donde fue visto cerca del sepulcro por las dos María, donde había aparecido bajo los rasgos de un jardinero a María Magdalena, y donde se hizo reconocer a la asamblea general de los apóstoles, etc. Ellos esperaron una semana entera para ver otras manifestaciones del Maestro resucitado, que reapareció a los once sólo el primer día de la semana siguiente. Y así, por lo que sepamos, casi todas las apariciones de nuestro Señor a los hermanos se efectuaron el primer día de la semana. No es sorprendente por lo tanto que, sin menor mandamiento del Señor o de uno de los apóstoles, la Iglesia primitiva se acostumbró a reunirse el primer día de la semana, para recordar las alegrías sentidas por la resurrección de nuestro Señor, y también para recordar que su corazón ardía dentro de ellos el mismo día de la semana en que él les explicaba las Escrituras.

Ellos hasta siguieron conmemorando la comida fraternal donde, juntos y el mismo día, “partían el pan”; no se trataba de la Cena de la Pascua, o de la Cena del Señor, sino de un recuerdo de la bendición que les habían recibido en Emaús, cuando él partió el pan, sus ojos estuvieron abiertos, y ellos le reconocieron; era también el recuerdo de la bendición que recibieron en el

apuesto alto, cuando él partió el pan con ellos y les dio pruebas satisfactorias que era verdaderamente su Señor resucitado, aunque cambiado (Luc. 24:30,35,41,43). Leemos que partían el pan con alegría y gozo, no como recuerdo de su muerte, sino de su resurrección. Esto representaba, no su cuerpo quebrantado y su sangre derramada, sino la *verdad refrescante* que les tendía y gracias a la cual su corazón se alimentaba de las esperanzas alegres del futuro garantizadas por su resurrección de entre los muertos. (Nunca es cuestión de la “copa” en las referencias hechas al pan partido.) Estas agrupaciones en el primer día de la semana fueron unas ocasiones de regocijarse en el pensamiento que el nuevo orden de cosas había sido inaugurado por la resurrección de Jesús de entre los muertos.

A medida que la Iglesia se liberó gradualmente de una asociación estrecha con el judaísmo, y en particular después de la destrucción de Jerusalén y la ruptura violenta general de la organización judaica, la influencia del Sábado del séptimo día decayó; la Iglesia se pegó más o menos al primer día de la semana, al reposo y al refresco espirituales de la Nueva Creación que habían comenzado en la resurrección de nuestro Señor en la gloria, la honra y la inmortalidad.

En cuanto al mundo pagano en general, Dios no le dio ninguna ley especial o ningún mandamiento especial; los paganos tienen pura y simplemente lo que les queda de la ley original escrita en su naturaleza y ampliamente empañada, casi obliterada por el pecado y la muerte. Sólo otro mandamiento ha sido añadido a esta ley. ¡Arrepiéntase! porque una nueva ocasión favorable para obtener la vida ha sido preparada (accesible ahora,

o durante el Milenio) y porque toda acción y todos los pensamientos voluntarios tendrán una repercusión sobre la salida final del caso de cada uno. Pero nada más que este mensaje “¡Arrepiéntase!” se da a los que no pertenecen a Cristo. Es sólo a los que se arrepienten que Dios todavía habla, según que tienen oídos para escuchar y un corazón para obedecer su voluntad.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de marzo - abril de 2019)
